



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Jacinto Benavente.)



—Con corrección, finura y elegancia
la sátira manejo suavemente,
pero levanto ronchas. Soy, señores,
el autor de *El marido de la Téllez!*

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cantares de un goloso, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—¡Adelante!, por Luis de Ansorena.—El baile, por Fiacro Yráyoz.—¡Eh?... ¡Ahl!, por Eduardo de Palacio.—Los cangrejos, por Ramón Asensio Mas.—Flaquezas humanas, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Jacinto Benavente.—Á rey muerto...—El punto de intersección (diez viñetas).—Cambio de decoración, por Cilla.



Tan distraídos hemos estado con el *Niño de Dios*, que la noticia de la captura de Rufus Rivera no nos ha conmovido. Si este importante acontecimiento hubiese ocurrido antes de la aparición en Zaragoza del *chico celestial*, nos hubiéramos entregado al regocijo patriótico, como cuando falleció Maceo, que en paz descansa.

Pero hoy por hoy lo que priva es el *niño*, el cual niño resulta, según testimonio de muchas personas que casi le han visto nacer, sobrino carnal de San Apapucio, por la línea materna, y tío político de Santa Melchora, por la paterna.

El niño es orador ya famoso, pero dicen que no habla él, sino un consueta seráfico que le va diciendo al oído los párrafos y le rasca el cogote al propio tiempo, para darle gusto.

El niño es una monada, desde todos los puntos de vista: buen orador, inteligente, respetuoso y aseado. No ha cumplido aún dos lustros y ya se lava solito. Sabe hacer letra gótica y conoce el mecanismo de la ocarina, pero no la toca, por no faltar á sus propósitos celestiales.

Es lo que él dice:

—Yo á lo que tiro es á ser Papa... y después que me entren moscas.

*
* *

¡Ay! ¡Quién tuviera un niño así para llevarle por los pueblos y exhibirle en una barraca á precios módicos!

No es ésta la primera criatura que nace marcada, digámoslo así, con el hierro divino.

En Castiñeira hubo otro muchacho celestial, que tenía pelusilla en la espalda y una especie de redondel colorado en el nacimiento de la rabadilla.

—¿Ve usted esta corona?—decía la madre, enseñando el redondel.—Pues es el sello divino.

—¿Y la pelusilla?—le preguntaba yo.

—Es otra gracia peluda que le ha concedido la Providencia.

El niño, en cuanto tuvo discernimiento, comenzó á echar bendiciones y á lamer á los enfermos. En cuanto le dolía la cabeza á cualquier vecino, se iba á ver al muchacho celestial y le decía:

—Lámeme aquí, Bonifacito—porque el chico, á pesar de su carácter seráfico, se llamaba Bonifacio Regueira.

El chico se ponía á lamer y el dolor cesaba inmediatamente.

Los vecinos dieron en llamarle el nuevo Mesías y le llevaban toda clase de objetos para que les echara la bendición; y lo mismo bendecía una estampa, que un peine, que un refajo... La mesías-madre, ó sea la señora Vicenta, que así se llamaba la autora de los días de Bonifacio, estableció una tarifa para las bendiciones, y costaba una bendición de primera clase cuatro pesetas, tres pesetas la de segunda y una la de tercera; y llevando más de seis, se hacía una rebaja de un veinticinco por ciento; hasta que se enteró la autoridad, y un día cogió al Mesías y le dió dos patadas en el vientre.

*
* *

Aquel Mesías acabó de mala manera, porque le sobrevino una inflamación; y para que no se repitiera lo de las patadas, se fué con la gracia celestial á otra parte.

Hoy está de barrendero en Lisboa, y siempre que se le habla de su época de Mesías, se lleva las manos al vientre y pone los ojos en blanco, como diciendo:

—¡Mire usted de qué me ha servido el redondel y la pelusilla!

*
* *

El *Niño de Dios* de ahora no se dedica á curar ni vende las bendiciones: lo único que hace es pronunciar discursos y expender estampas á precios reducidos, según cuentan los corresponsales de los periódicos que han tenido el gusto de conocerle.

Es muy guapote y muy despejado y además se llama Ramón.

Á la hora de escribir el presente artículo se me asegura que Ramoncín vendrá á la corte un día de éstos, pues hay muchas personas interesadas en conocerle y en adorarle.

Por quererle besar una devotas entusiasmadas que oían uno de sus magníficos sermones, hubieron de dar con el niño en tierra produciéndole una herida en la cara. Ramón lloró, pusiéronle un parchecito y ahora luce una cicatriz sobre una ceja, que viene á ser una especie de símbolo de su martirologio y de la tintura de árnica.

*
* *

Aquí, si viene Ramoncito, habrá seguramente sermones, entusiasmo y quizás besos. Puede que también cierre el gobernador el círculo tradicionalista, como pasó en Zaragoza y puede también que al niño le hagan *pupa* los devotos entusiasmados. Aunque, si bien se considera, no ha de permitirlo Dios, como padre que es del niño.

Yo, por si acaso, pienso quedarme en la redacción el día que predique Ramoncito, no por nada, sino porque á lo mejor se enredan las cosas y á Dios le dan un disgusto los de la policía...

Luis Taboada

★

CANTARES DE UN GOLOSO

I
Quisiera yo ser un santo
para ir al cielo, en un vuelo,
porque allí será un encanto
comer tocino del cielo.

II
Hay dos cosas en el mundo
que me parecen muy bien:
la jalea de guayaba
y el jaleo de Jerez.

III
No creas que está empeñado
el traje que ayer me has visto:
es que era de lana dulce
y anoche me lo he comido.

IV
Porque él sea almibarado
no gruñas, madre querida,
que de ese modo á su lado
será más dulce mi vida.

V
De los hijos de mi patria
nadie el arrojo discute.
¡Qué no ha de dar una tierra
que tuvo un general Dulce!

VI
En un convento de Ostende
hay capuchinas muy finas,
y aquí Martinho las vende.
¡Olé por las capuchinas!

VII
Anda el goloso Cernuda
tras la tartamuda Marta.
No la quiere por lo muda,
que la quiere por lo tarta.

VIII
«¡Mira que te come el cocol»
me decían de pequeño,
y hoy soy yo quien se lo come:
¡lo que cambian los tiempos!

IX
Anda y vete de mi vera,
borracho de los demonios.
¡Qué lástima que tus padres
no te hayan hecho bizcochol

X
Á mi nena de mi vida
me la hubiera ya comido
si su carne blanca y dura
fuese carne de membrillo.

XI
Así como algunos dicen:
«¡Recontral ¡Conchol ¡Carapel»
yo grito cuando me enfado:
«¡Recocol ¡Acitrón! ¡Guirlachel!»

XII
Tu dorada cabellera
vale, niña, un dineral;
pero ¡ay! el cabello de ángel
vale muchísimo más.

XIII
Si te arma algún caramillo
tu madre, no pases pena,
que yo soy tu *Bartolillo*
y tú eres mi *Magdalena*.

XIV
Madrecita de mi alma,
daría yo mi fortuna
por que estuviese admitido
tomar la miel con azúcar.

XV
Dicen, al verme tan loco,
y al verte, niña, tan fresca,
que yo parezco demente
y tú pareces de menta.

XVI
No toco más á los dulces
que suele ofrecer Pilar.
La eché mano á un limoncillo
¡y me dió una bofetá!

Juan Pérez Zúñiga.

A REY MUERTO...



—Sí, ¡riete, maleta! que así se reirá otro de ti, y así me reía yo del que dejó plantado. ¡La mujer es pérdida como la onda! Y la Nemesia es la más onda de todas las mujeres...

★

PALIQUE

Yo, naturalmente, no leo *El Correo Español*, que es como creo que se llama la *Gaceta... in partibus* de los carlistas. Pero, amigos míos que leen ese papel, me dicen que estos días atrás ha hablado más de una vez de mi humilde persona. Y me dicen que no me insultaba.

Menos mal, y tantas gracias.

Se conoce que no pertenece á la *gente nueva*. La *gente nueva* siempre insulta.

El autor de uno de los artículos en que se me ataca me dicen que es el señor penitenciario de la santa iglesia primada de Toledo. Un señor que acaba de descubrir á Nínive y á Babilonia.

No sé lo que dice de mí ese señor canónigo. No debe de ser cosa mala, porque no hace mucho recibí un libro suyo titulado *La herejía liberal* con esta dedicatoria: *Al ilustre crítico Clarín en testimonio de consideración.*—El autor.

Verdad es que yo no he dicho palabra de ese libro; pero no creo que por eso me *desilustre* ahora el señor penitenciario de Toledo, que no va á igualarse con esos Calínez, Candiles, Ranas, etc., etc., que después de llamarme *querido maestro* se me tiran á las pantorrillas.

De todas suertes, yo, suponiendo que el penitenciario no me insulta, voy á decir algo, poco, de su libro *La herejía liberal* en testimonio de consideración y agradecimiento.

**

La herejía liberal es una herejía ultramontana y una herejía gramatical, lógica, etc., etc., etc.

Pero el señor penitenciario de Toledo es franco, y suele en sus libros empezar á decir adesios desde la portada, para que nadie se llame á engaño.

Tiene una obra que se titula: *Examen crítico de los errores pertenecientes á la historia de España.*

No puede ser, señor arcipreste, digo penitenciario.

La historia, lo que se llama la historia de España, no puede tener errores.

Cuantos errores haya referentes á la historia de España, son errores... pero no pertenecen á la Historia, por eso mismo; pertenecen á la fábula, si usted quiere.

En *la herejía liberal* habla el ilustre sochantre, digo peniten-

ciario, de los arrianos que eran bastante explícitos, dice él, en la negación de la consustancialidad del Verbo y el Padre, «última trinchera que fué necesario tomarles á viva fuerza y como si dijéramos con una carga á la bayoneta».

Esas trincheras hipostáticas, señor arcadiano, no me parecen muy ortodoxas; y estoy seguro de que á los arrianos no se les tomó nada á la bayoneta, porque en su tiempo no había bayonetas.

Eso de defender los dogmas á bayonetazos y tratar á la Santísima Trinidad como si fuese una casamata ó un reducto, vino después; vino con la invención de la pólvora católico-prismática-parda para uso de carlistas y demás ultramontanos ordinarios.

Y no me diga usted que empleo la palabra ultramontano impropiamente, porque yo me refiero á *Monte...Jurra* y otros así. Y como los carlistas *pasaron* el monte... son ultra...montanos.

Y sigue el insigne doctoral: «Si se niega á Dios el derecho de imponer su voluntad santísima...»

Lo malo es que los curas suelen llamar voluntad santísima de Dios á la *santísima voluntad* del clero.

«Por donde quiera que miremos al liberalismo nos presenta la cara de la herejía.»

¡No sea usted *escatológico*, señor penitenciario!

Por lo visto, para usted todo es cara. Pues es muy peligroso, en buena moral, confundir así las fachadas. Y dígalos la Biblia.

«Diríase que el liberalismo es un criminal... ó también que es una mala mujer.»

Dale. ¡Ahora confunde los sexos! Malo, malo. ¡Está usted desorientado, señor canónigo!

Hablado de Dios, dice el meritísimo magistral, que la Unidad del Ser Supremo es incomprendible.

De modo que usted, *à ratione*, y si le dejaran, ¿sería politeísta? ¿Que no se comprende la Unidad de Dios?

Lo que yo no comprendo es que no sea uno. Yo he leído en muchos filósofos herejes (pero sin cara por detrás), v. g., en Fouillée, en su *Crítica de los sistemas de moral contemporáneos*, eso mismo que dice el canónigo de Toledo; que no hay más razón para concebir un Dios que para concebir *varios*.

Pero Fouillée, que dice eso, no cobra del presupuesto de culto y clero como el canónigo de Toledo. Si Dios no fuera uno, ¿creería usted que el Arzobispo metropolitano había de ganar los miles que gana?

*
**

Y ahora, dos palabritas en serio, ó cuasi en serio, señor penitenciario, para que usted mismo se coja los dedos con esa *libertad* que tanto zarandea.

Dice usted, y dice usted bien, que para que una definición sea buena es necesario que comprenda *todo* lo definido y *solo* eso; es verdad.

Y dice usted que está mal definida la libertad cuando se dice que consiste en poder elegir entre el bien y el mal, pues en Dios hay libertad y Dios no puede elegir el mal.

Quedamos en eso; en que no hay más que *bien* y *mal* (¿sabe de algún tercer término el canónigo?) y que Dios no puede elegir el mal. Y en que Dios es libre. De manera que la definición de libertad no puede ser tal que no comprenda la de Dios, que no consiste en elegir entre el bien y el mal, pues Dios solo puede querer el bien.

Y el penitenciario, después de decir todo eso, que está perfectamente, define la libertad en general, la que abarca toda especie de libertad, y asegura que en la libertad el sujeto *queda siempre con plena facultad de hacer lo opuesto* de lo que hace. Luego Dios tiene plena facultad de hacer lo opuesto del bien, que es el mal. Luego el canónigo se contradice. ¡Ay, señor canónigo, lo que hay es que la libertad de *elección* no es la verdadera libertad, sino un límite de la libertad! *Elige*, el ser imperfecto; el perfecto, *Dios*, no *elige*. Y sin embargo es libre. Porque la característica de la libertad, en general, no está en la *elección*, sino en la espontaneidad de la voluntad, en ser el propio sujeto, sin extraña—*no conscia*—acción, el que se determina á obrar.

El que obra por sí mismo, por su propio impulso, es libre, aunque por su perfección, no pueda *elegir* por *saber* cuál es el bien y por *querer* el bien, todo de modo *moralmente* necesario.

¿Me entiende el penitenciario? Así se salva la contradicción. Como usted se explica, imposible.

Santo Tomás tiene más miga de la que ven algunos tomistas.

Santo Tomás, en muchos casos, vió más y mejor que muchos filósofos modernos.

Pero una cosa es *Santo Tomás*... y otra *El Correo Español* y sus colaboradores, con ó sin prebenda.

Clarín.

★

¡Adelante!

No te importe lo que digan de tu virtud malas lenguas, porque para casos de honra no hay más juez que la conciencia; y como ésta no te acuse de falta que gente necia

pregona, tal vez por no haber podido vencerla, lo que digan de tu fama no debes tomarlo en cuenta; que ataques que en la calumnia su efímera base encuentran,

como castillo de naipes
caen rápidamente en tierra,
sin dejar en su caída
de que existieron la huella.
Sé que la infame algarada
te impresiona y desconsuela,
y que, furiosa, al ser víctima
de maldad tan manifiesta,
dijiste, entre amargo llanto:
—«¿De qué me sirve ser buena,
puesto que en hacerme mala,
sin causa, el mundo se empeña,
y esta deshonra postiza
es deshonra verdadera
ante gente que no está
conforme si no condena?...»
Gran daño me ha hecho el saber
que tienes tales ideas,
que rebelión de esa clase,
por más que lógica sea,
hace nacer muchas veces
falta en la que no se piensa.
No hagas caso... sigue impávida

como la estatua de piedra
sobre cuya frente rugen
huracanes y tormentas,
sin que la arrojen jamás
del pedestal que la eleva
sobre los que desde abajo
que caiga vencida esperan.
No encojas tus alas de ángel
porque la calumnia quiera;
extiéndelas con orgullo
para que todos las vean,
que al replegarlas parece
como que te da vergüenza,
y, siendo blancas, dirán
que las escondes por negras.
Sigue, pues, por el sendero
que tu inclinación te muestra;
no hagas caso de la turba
que á tus plantas vocifera;
y mira que si sus gritos
infames te desesperan,
¡por rabia, al ver que te acusan,
vas á dejar de ser buena!

Luis de Ansorena.



EL PUNTO DE INTERSECCIÓN



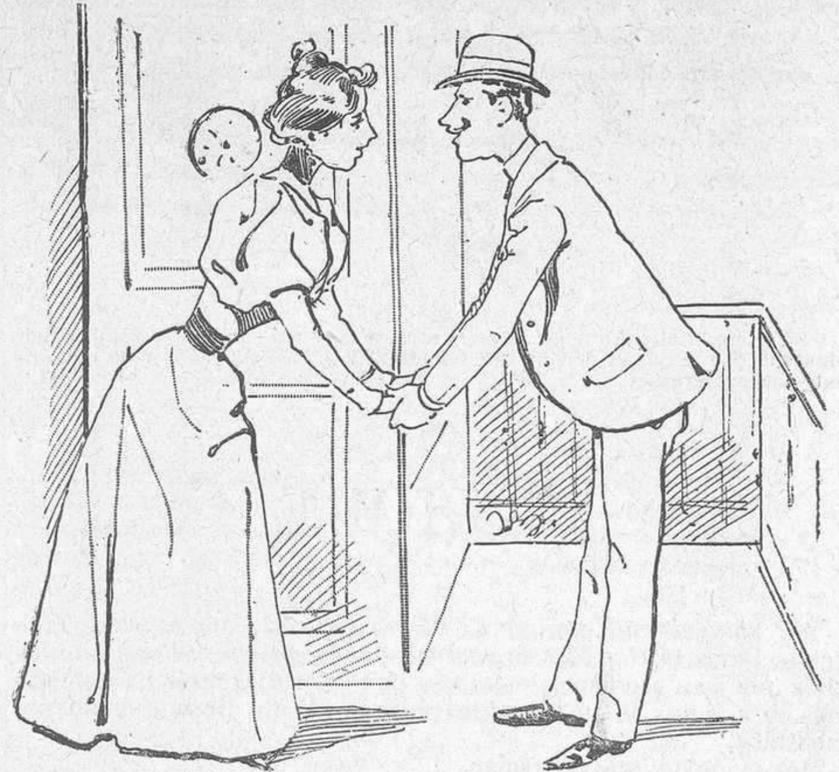
Casimira López era hija de un humilde mozo de cuerda, para servir á Dios y á ustedes.



Amparito Sánchez pertenecía á una familia empingorotada, que había ocupado siempre altos puestos en la magistratura, en la política, en el ejército...



Pero Casimira, que era blanda de corazón, se dejó deslumbrar por las halagadoras promesas del señorito de la casa.



Y Amparo, que no era menos blanda, se enamoró perdidamente de un manco apuesto y gentil.



Por lo cual Casimira se encontró un día en mitad de la calle después de una pelotera de órdago.



Y Amparo tomó las de Villadiego con el seductor, por no poder soportar la tiranía paterna.



Como el señorito no volvió á acordarse de Casimira...]hubo que empezar á rodar hacia arriba.



Mientras Amparito, abandonada por el mancebo apuesto y gentil, según es costumbre, empezaba á rodar hacia abajo...



¡Y como, dado el primer paso, ya no hay quien se detenga..



Vinieron, como era de esperar, á encontrarse en un punto. En el punto... y aparte.

El baile.

—Dime, abuelita, ¿es verdad que el bailar es un pecado? Mamá me lo ha asegurado con mucha formalidad, y aunque á mi mamá la creo, como es justo y lo merece, no sé por qué me parece que ése no es un vicio feo.

—Pues mamá tiene razón. ¡No lo dudes un instante! El baile es siempre un constante camino de perdición, y hay que huir las ocasiones, como dice el padre cura, porque es diversión impura donde hay muchas tentaciones.

—¿Pero eso es cierto? ¡Dios santo!

—El lo dice y bien lo sabe.

—¿Conque es pecado tan grave?...

¡Y á mí que me gusta tanto!

—Nada, no pienses jamás en esas cosas malditas, ó al infierno de patitas te llevará Satanás, y entregada al fuego eterno, tendrás el duro suplicio que para pena del vicio puso Dios en el infierno.

—¡Jesús, qué miedo, abuelita! ¡Y yo que creía que era el bailar una habanera una cosa tan bonital!

—¿Qué sabes tú, criatura? ¡Nunca pueden ser honestos los bailes que tienen estos movimientos de cintural!

Tal delito y tal maldad á las almas envenena,

y el que baila se condena
por toda una eternidad.
¡Fíjate, fíjate bien!
Se condena, ¿lo oyes?
—¡Bah!
Pues entonces mi papá
se va á condenar también.
—¡Habrás visto diablillo!

¿Tu papá? ¿Por qué, hija mía?
—Toma, porque el otro día,
cuando tocó un organillo,
vi yo esta puerta cerrada,
miré con mucho temor...
¡y estaba en el comedor
bailando con la criada!

Fuero Tráizoz.

★
¡Eh?... ¡Ah!

EL ROMANTICISMO EN 1897

Las personas que creen pasado y muerto al romanticismo viven en error lamentable.

Hay románticos ¡vaya si los hay! y románticas.

Mientras haya hombres y mujeres sensibles, pasionales.

Por un lado los griegos adoptivos, que afluyen á la «Cresta», para luchar por la independencia relativa de los cristianos ó de los *crestanos*.

Por otro lado, ochenta cabezas de kabila insurrecta, que envía un gobernador fiel á su amo, en prueba de lealtad: como si enviara ochenta cabezas de ajo.

Por otro lado—y van tres lados—el *menu* con que brinda al público un restaurant benéfico inverosímil:

«Puré á la tortuá (tortuga de la isla); entreé de vache en liberté; merluse avec sauce bleue et blanche; volapié á la financiére; salade franco-ruse; geleé, frappé, rafraichiché; pavon trufé ó capon desconcerté; franages, quesos, dulces, pastas y frutas. Vinos de Valdepeñas y Carabaña.—Cubierto, 1,25 pesetas.—Ay abonos.»

Esto con asistencia y con opción á la casa de socorro.

Todo ello es romanticismo puro.

Seres que arriesgan su vida unos, su capital otros, en bien del prójimo ó en pro de una idea generosa.

Unos se echan á griegos; otros establecen restaurants para dar qué comer al hambriento, á precio de fábrica.

La humanidad es romántica sin querer: la forma romántica ¡ay! no desaparecerá jamás.

Esto se demuestra todos los días.

Hace algún tiempo se presentó en algunas comarcas, sucesivamente, un apóstol de cerda.

Me explicaré: un sujeto que, mediante un modesto regalo en dinero, se comprometía á mantener, educar y engordar á los cerdos que quisieran honrarle con su confianza.

En colectividad, es decir, en grandes agrupaciones, no se presentaron ó no los presentaron sus dueños.

Pero en guarros sueltos, en cerdos hijos de familia, reunió un número «muy apreciable», en pocos días de «propaganda filantrópica» de pocilga.

Los dueños ó los padres ó los tutores de los jóvenes cochinos pusieron en manos del «apóstol» el porvenir de aquellos infelices.

¡Pupilage módico, crianza casi gratuita y desarrollo asegurado!
¿Qué más puede pedir un marrano y aun su mismo padre ó su propio dueño y curador?

Efectivamente, los cerdos infantiles desaparecieron en compañía de su patrón y preceptor, y no han escrito, siquiera, á sus amos y familias.

Como se ve, la forma romántica no «está llamada á desaparecer»—galicursilismo, dicho sea entre paréntesis, de los más estúpidos que habrán oído ustedes.

Muchachas y muchachos que se suicidan con láudano ó con albóndigas de fósforo, impulsados por contrariedades amorosas, no faltan jamás.

Bodas que se desbaratan en el momento crítico, también se sabe de algunas.

En Málaga ocurrió no hace mucho tiempo uno de esos ejemplos.

Camino de la iglesia se separó de la comitiva el novio, pretextando el despacho de un asunto personal y urgente, y *otavía* le esperan su prometida y coro de invitados.

La novia ha intentado arrojarle á la *Gualmeina*, en tiempo seco, y varias veces ha estado para casarse; pero la familia ha llegado á tiempo para evitarlo.

¡Pobre joven!

Pero el último golpe de romanticismo, en nuestros días, le ha dado una pareja en Barcelona.

Fueron al templo ambos á dos *promesi sposi*.—¡Qué abuso de idiomas!

El sacerdote bendijo la unión.

Y salieron del templo los consortes,
se dieron un abrazo fraternal,
y él partió calle arriba y «se hizo... fraile»
y ella fué y «se hizo... monja» y no hubo más.
Los testigos también se harían... trenzas
si usaban el cabello regular.

Eduardo de Palacio.

Los cangrejos

Pues señor, que es cosa cierta, según un amigo mío, que hubo, no hace muchos años, un pintor conocidísimo que logró que todo el mundo respetase su apellido á pesar de sus extraños y frecuentes extravíos. Y para probar á ustedes que es verdad lo que les digo, voy á referir un caso que yo celebré muchísimo, no sé si por lo gracioso ó porque el que me lo dijo tiene muchísima gracia para contar chascarrillos. Y es el caso, según cuentan, que á un caballero muy rico, de esos que suelen tener á cada instante un capricho, se le antojó que el artista le hiciera, á ratos perdidos, un cuadro que él suponía que iba á resultar magnífico, y en el que el autor copiase con exacto parecido las pintorescas orillas de... no recuerdo qué río, y un grupo de pescadores debajo de un cobertizo arreglando las banastas llenas de cangrejos vivos. En fin, un cuadro de género delicado y atrevido, de esos que al artista exigen mucha verdad en los tipos, mucho color, mucho ambiente,

mucho cielo alegre y limpio, mucha luz, muchos detalles, mucha gracia y mucho estilo. Hizo el pintor el diseño y, dando el cuadro al olvido, vivió feliz por espacio de cuatro meses ó cinco, hasta que por fin, un día, fastidiado y aburrido de cartas y de tarjetas, de recados y de avisos, por casualidad rarísima se levantó tempranito... y á las dos horas y media tuvo el cuadro concluido. (Pero el pintor, que sin duda nunca vió cangrejos vivos, vivos los pintó en el cuadro de un color rojo... vivísimo.)

Llegó el prócer, miró el lienzo, lo halló bien de colorido y, volviéndose al artista, entre burlón y solícito, con voz reposada y grave es fama que así le dijo:

—Y esto que hay en las banastas ¿son cangrejos... ó ladrillos?

Y el pintor que, según cuentan, era un muchacho muy listo, respondió sin inmutarse:

—Son cangrejos, señor mío;

mas como es pesca que data

de cuatro meses ó cinco,

para poder conservarlos...

—¿Qué ha hecho usted?...

—¡Los he cocido!

Ramón Isensio Mas.

CHISMES Y CUENTOS

Muchos de mis queridos colegas están faltando al respeto á Sanguily.

El hombre aceptó el indulto bajo *palabra de honor* de no volver á pisar la Isla de Cuba ni intervenir directa ni indirectamente en la guerra, y en seguida casi todos los periódicos, con la mayor naturalidad del mundo, dan por hecho que seguirá conspirando y aun alguno llega al extremo de suponer que no tardará en sustituir á Ríus Rivera en el mando de las partidas de Pinar del Río.

Pero, señores, ¿no ha dado su palabra de honor?

Pues ¿con qué derecho creen ustedes que eso no vale?

¡No parece sino que Sanguily no es protegido de los Estados Unidos, una de las naciones más serias del mundo!

¡Y no parece sino que cuando estuvo *entre nosotros* no alternó con la flor y nata del país, y hasta le tenían los *sportmen* por un cumplido caballero!

Lo que le ha pasado á Polavieja no le sucede á ningún nacido.

El general llega, ve, vence; castiga duramente la insurrección con brillantísimas victorias; desarrolla con admirable precisión sus planes; demuestra, en fin, ser el único general en jefe *de veras* de que podemos echar mano, y va el Gobierno y le releva.

¡Dios Padre nos perdone á los que pensamos mall!

Pero somos muchos los que vamos creyendo que los que dirigen los negocios públicos tienen interés en que no se acaben las guerras.

No han faltado individuos apreciables del cuarto poder del Estado que han puesto en prensa la imaginación para demostrar que Polavieja no ha hecho casi nada, y que el que lo hizo casi todo fué su antecesor ilustre.

Al cual se le volvieron insurrectos hasta los dedos de la mano. Pero se conoce que aquí lo primero es el supuesto táctico, y lo segundo los resultados en la práctica.

Y hay gente capaz de discutir todavía, como el personaje de la comedia, que la batalla de Lérida no se debió perder, y que la gestión del general Blanco iba como una seda.

Flaquezas humanas.

Es una moza juncal
Asunción la corsetera,
que vuelve loco á cualquiera
con su busto escultural
y sus ojos que echan lumbre
y su rostro alabastrino
y... su afán de amar sin tino,
no por vicio, por costumbre.

En este punto es tan blanda,
tan... fácil de ser vencida,
que no ha podido en su vida
ser firme como Dios manda.

Y como es en los amores
casquivana y caprichosa,
tiene siempre numerosa
colección de admiradores
que, con esa vanidad
(candor hasta cierto punto)
que acompaña en este asunto
á toda la humanidad,

se figuran que Asunción
en el fondo es buena chica
y á ellos solos les dedica
entero su corazón.

Como andan ¡ay! tan escasos
los enamorados ciegos
que se presten á esos juegos
metiéndose en tales pasos,
no hay por qué contar las cosas
á cual más exagerada
que dicen de la agraciada
las amigas envidiosas.

Bueno, pues si el caso es
que siempre la fruta ajena,
sea mala ó sea buena,
inspira mucho interés,
salta á la vista que el goce
será mayor, sin disputa,
siempre y cuando que la fruta
sea ajena... de once ó doce.

Hago esta declaración
que, por desgracia, no es corta
porque previamente importa
para contar que Asunción,
por una de esas rarezas
que tiene todos los días,
me empezó á hacer monerías
y atenciones y finezas,
incitándome quizás
para darme que sentir,
ó sólo por añadir
á la lista un nombre más.

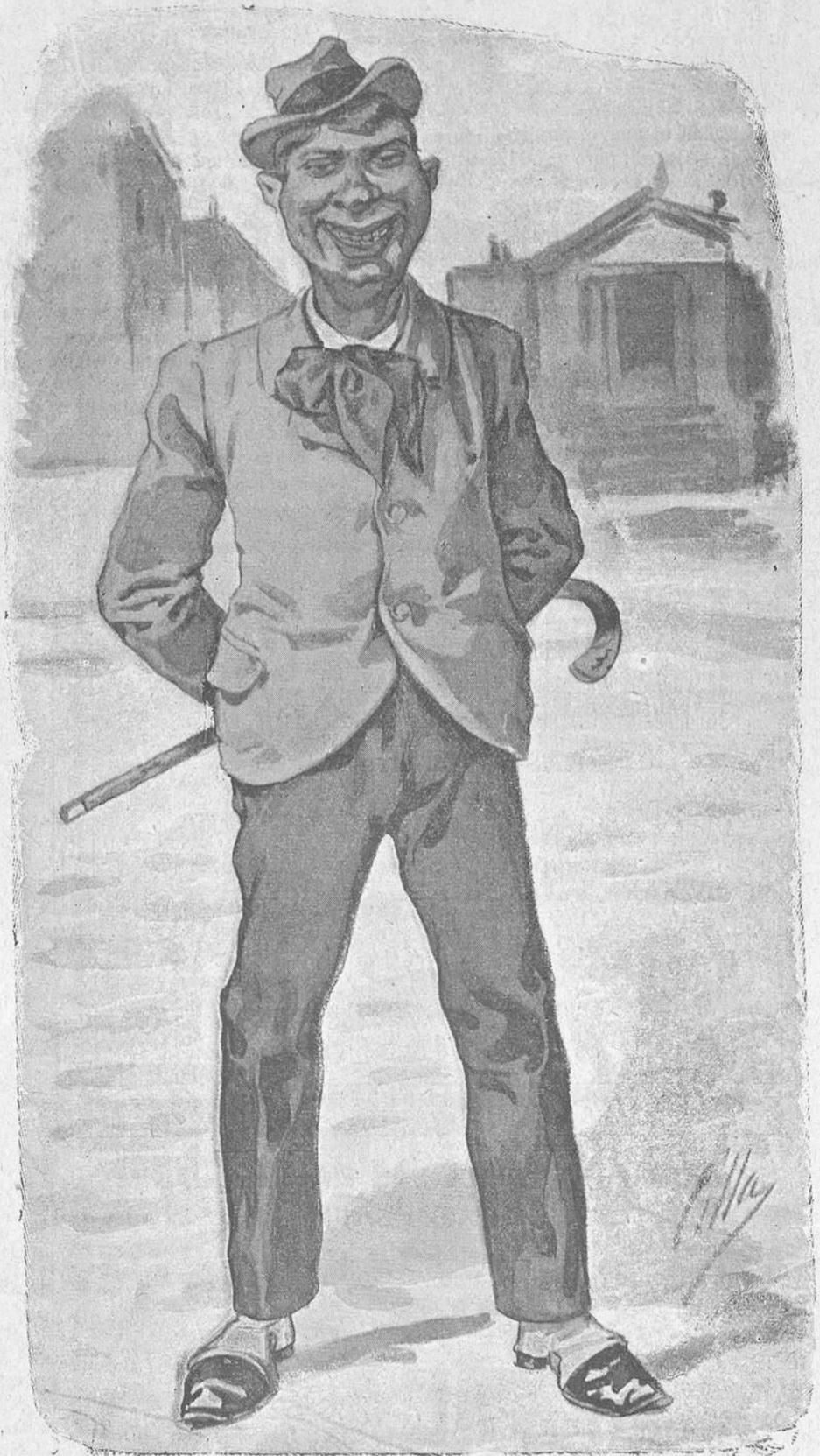
El final de la cuestión
(y Dios me haya perdonado)
fué que cometí el pecado
de aprovechar la ocasión.

Le he pedido una entrevista,
ha aceptado, y esto es hecho.
Quedaré muy satisfecho
si se logra la conquista,

lo confieso ingenuamente,
más aún que por su busto
escultural... ¡por el gusto
de faltar á tanta gente!

Sinesio Delgado.

Cambio de decoración.



—Me parece que al verme así con este empaque y este lujo nadie dirá que estaba arando en Villanueva de la Torre hace dos años por ahora.

El cual jefe, en vista de que alguien se ha atrevido á indicar que tenia desorganizados los servicios, que dejó escapar á los instigadores de la rebelión y que no sabía á que carta quedarse, dicen que prepara una memoria.
¡Ay! mi general, las memorias de los militares no se escriben con la pluma.

Se escriben con la espada.

Andamos en tratos para redactar una nueva ley de naturalización en los Estados Unidos.

Tendrá por principal objeto impedir que un cubano cualquiera adquiera carta de naturaleza en Washington, pongo por ejemplo, y en seguida se vaya á la manigua á matar españoles impunemente.

Sólo se me ocurre un comentario:

¡A buena hora, mangas verdes!

Á fin del siglo XIX no deja de ser curioso el espectáculo que se dió hace pocos días en las costas de Creta.

Los buques de las grandes potencias cristianas ayudaron á los turcos con sus cañones á rechazar el ataque de los insurrectos... que son también

cristianos y que protestan de que los degüellen á todas horas los soldados del sultán.

¡La paz universal tiene unas exigencias muy chuscas!

Y menos mal que también conmueve un poco la noticia siguiente:

«Los griegos que ocupan el blockhaus de Kalami, que domina á Izze-din, han disparado sus cañones contra los buques de las escuadras extranjeras fondeados en la bahía de Suda.»

¡Esas son agallas, y lo demás es música!

Y se da el caso anómalo de que las naciones que han enviado esos buques... ¡se alegrarían mucho de que triunfará el enemigo!

Porque hay que desengañarse, la humanidad estará siempre de parte del débil contra el fuerte.

Acabo de leer un artículo lacrimoso en que el autor se conduce del estado de miseria en que quedará la isla de Cuba á la terminación de la guerra.

¡Tómala en brazos! Y ¡por qué sostiene la guerra?

¡No parece sino que la metrópoli va á quedar nadando en la abundancia, sin haber tenido la culpa!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un erudito.—¡Recristol! ¡Estamos en desgracia! Los ladrones de menudencias van siendo más que los de pañuelos...

Sr. D. M. S. G.—Sale el ejemplar. Desgraciadamente no puedo aprovechar ninguna.

Sr. D. R. S.—¡Ay! son de los que no admiten *toques*. Porque no son versos precisamente.

El último de los poetas.—Es de un género demasiado sentimental. Había que contar eso de otra manera menos... ampulosa, si fuera posible.

Tururú.—Parece de un niño pequeño. No tiene picardía. Y no dice nada bueno ni nuevo, por añadidura.

Lope.—Bueno; pero ¿qué metrificacón es ésa? ¿Á qué género de composiciones pertenece? ¡Ni el demonio lo sabe!

Barruntos.—Mire usted:

«La lista de conquistados
ella acrecentar quería,
por eso había fomentado
la pasión en que yo ardía»

es una cuarteta que no lo parece; porque ni los versos primero y tercero son consonantes, ni el tercero tiene ocho sílabas, ni... En fin, que no puede ser, vamos.

Sr. D. M. G.—Un millón de gracias. Visitaremos á ustedes allá por el 1899, si Dios nos da salud y resistencia. Las menudencias son flojitas.

P. P.—También doy á usted las gracias. Se hará lo que se pueda. Se publicará la composicón.

P. ta. K.—No están mal del todo, pero les falta novedad.

Sr. D. F. A. C.—Me parece demasiado conocido el cuento y además versificado con poca soltura.

El chiquito de Valladolid.—Agradezco su carta. ¡Ojalá pudiera pagarle el favor publicandole algo de eso! Pero ¡ay! es imposible por ahora.

El palanganero.—Una advertencia sola. No se puede decir «que denotan *asas* coquetería». Porque no pega ahí ni con goma arábica.

Un civilista.—¿Que no he contestado categóricamente si son ó no son publicables? ¡Pues si siempre contesto categóricamente, y las que se admiten se publican! La seguidilla de hoy tampoco dice nada.

Sr. D. F. B.—Puede hacer el pedido y se le enviarán á vuelta de correo los números que desea.

Calamar.—Va usted adelantando mucho en la forma. Cuide un poco más los asuntos y hará algo de provecho seguramente. Pero no hay que trabajar á destajo, ¿eh?

Espartaco.—Le agradezco la consulta y son muy de celebrar las intenciones. Sí, usted puede seguir adelante, pero no en el MADRID CÓMICO precisamente, porque el género que usted siente se separa mucho de la índole del periódico.

Juan Corneta.—La carta particular tiene gracia, fresca y facilidad. La composicón no parece de la misma mano.

Sr. D. L. S. R.—Agradecido y obligadísimo.

Un suscriptor.—Los suplementos cuestan á diez céntimos cada uno. El que desea la coleccón no tiene más que hacer el pedido y se le servirá en seguida. La innovacón que propone no estaría mal, pero ocuparía mucho espacio, y anda escasisimo para los apuntes.

El Chiclanero joven.—¡María Santísima! ¡Por ese final se condenaría usted, si lo conocieran los padres de la Iglesia!

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos diferentes de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos diferentes de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MUEBLES DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

CUENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO O. PICON

Precio, 3,50 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 25 pesetas.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripcón.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.
△ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

△ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. C. Hernández, Libertad, 16 dup.º